



MARIO LÓPEZ - PABLO GARCÍA BAENA

DOS POETAS
DE «CÁNTICO»

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS ARTES
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Carlos Clementson	Pablo García Baena
José Cosano Moyano	Mario López
Miguel Clementson Lope	Ginés Liébana
Ricardo Molina	Manuel Gahete
Vicente Núñez	

**Comisario de la Exposición
y Coordinación Catálogo:**

Miguel Clementson

Fotografía:

Verónica Tejero (CFGs de *Fotografía* / Escuela de Arte "Mateo Inurria", Córdoba)
Miguel Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza
Antonio Moyano Parras (CFGs de *Mobiliario* / E. A. "Mateo Inurria")

Diseño Gráfico:

Isabel Pérez, M. Clementson

Maquetación e impresión:

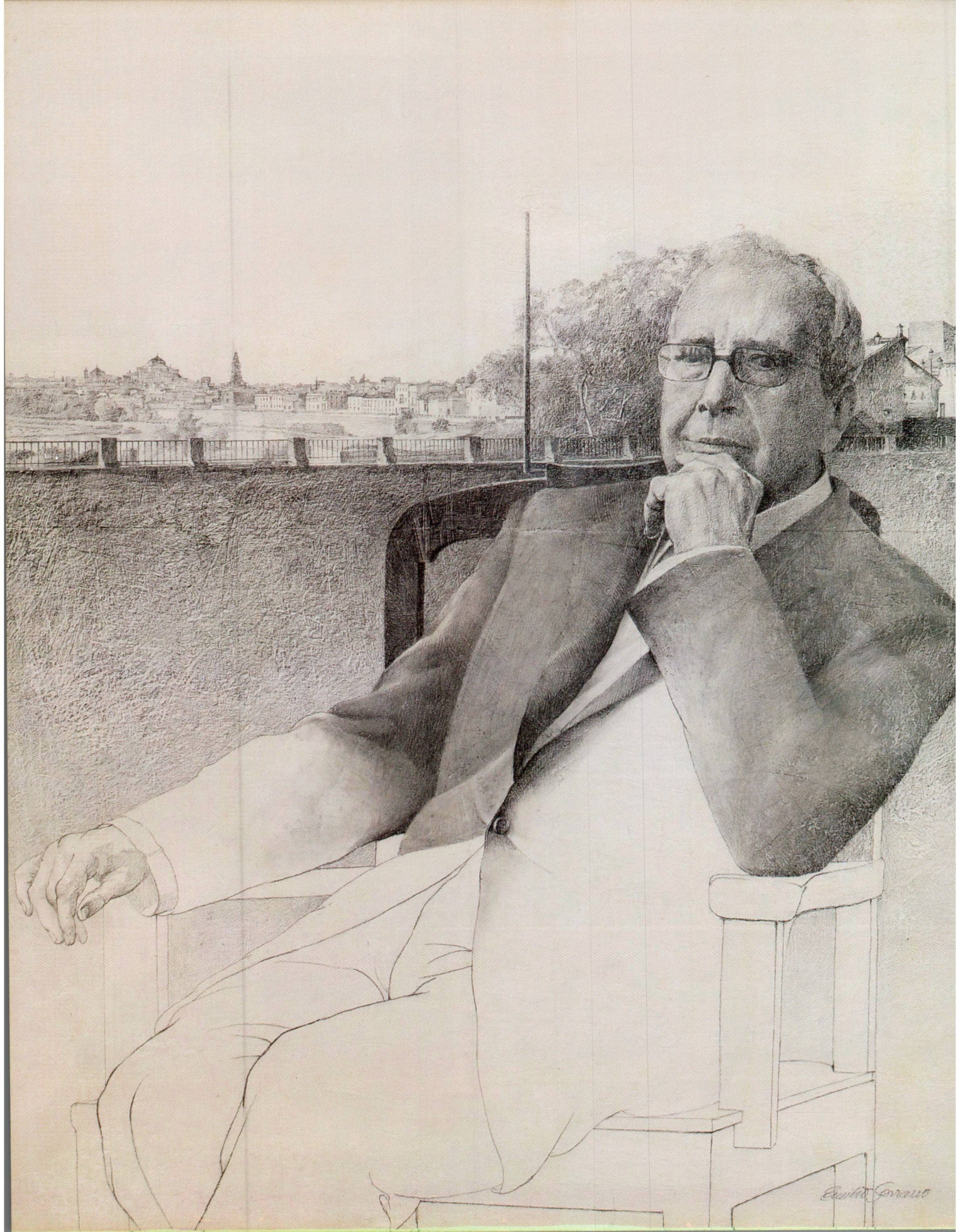
Gráficas GALÁN - Villa del Río (Córdoba)

Agradecimientos:

Familia de Mario López
Familia de Pablo García Baena
José Mario López
Luis Ortiz García
Rafael Inglada
Carlos Ruiz Padilla, Conde de Casa Padilla
Manuel Portillo
Juan Muñoz

Dep. Legal:

CO 2165-2018



GARCÍA BAENA, Pablo. El ojo manantial. Ginés Liébana. Un poema para Pablo. Vicente Núñez, A Miguel...
46-60.

PABLO GARCÍA BAENA

(1921–2018)

EMILIO SERRANO, *Pablo García Baena* (2008),
grafito / tabla, 43 x 31 cm., Col. Ángela García Berenguer



GINÉS LIÉBANA, *Autorretrato* (París, 1951), óleo / cartulina, 35 x 24,5 cm., Col. particular



Palacio del Marqués de Benamejí, emplazado en la antigua calle *del Sol*, Córdoba

EL OJO MANANTIAL

Pablo García Baena

Conocida es la parábola que cuenta Jorge Luis Borges: un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Al final, un día descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara. Este ejemplo de Borges ajusta como anillo nupcial a la pintura de Liébana y nos entrega la llave de su misterioso universo, porque en definitiva es la propia vida del pintor la que con profundo acorde visceral late en sus lienzos. Y en ese empírico laberinto puede aparecer el otoño de París con sus burradas y sus calceteras, Venecia y antifaces ardiendo en el naufragio manierista del crepúsculo, Río con las favelas de lata hundiéndose sobre negras Estigias. Pero ese latido hondo, como

de toque serio en el grave corazón de la guitarra, suena a Córdoba. Córdoba de los largos inviernos de la infancia, de los lutos y las primeras renunciaciones. Llovía interminablemente. Brillaban chorreantes los naranjos de espaldera adosados a las tapias de la calleja del Tesoro. Subía el olor agrio y cerrado de la fruta de oro desde jardines clausos, desde patios sombríos, desde huertos monásticos. Vertía la lluvia su alcubilla tenaz entre los regueros del empedrado donde crecía la hierba. Coronaban vivaces jaramagos los aleros verdinosos de torrecillas y miradores y la cúpula de Santa Victoria, nube redonda y negra, pesaba sobre el aire húmedo, melancólico de trenes lejanos y campanadas.

En aquellos días íbamos Ginés Liébana y yo a la Escuela de Artes y Oficios "*El Dibujo*", instalada entonces en el viejo caserón de los marqueses de Benamejí, allá por Santiago, con su alta farola modernista, los escudos de los Bernuy, la escalera de mármoles negros donde la reproducción en yeso de un esclavo de Miguel Ángel nos parecía un símbolo de nuestra adolescencia, despertando entre

las ligaduras. Leíamos "*La feria de los discretos*" y por las destartaladas aulas intentábamos revivir los personajes barojianos: Quintín, Remedios, Rafaela.

Cruzábamos la Corredera, todavía con el mercado de Sánchez-Peña en su centro, de esbeltos herrajes positivistas, y los refugiados de la guerra, embozados en paños irreconocibles, revivían a las puertas de las posadas del Toro o de la Puya la litografía decimonónica de los manteles. En la fresquera de Casa *Monroy* una única tortilla, en bodegón zurbaranesco, esperaba estoicamente mejores tiempos.

El Socorro, la Almagra, el túmulo ocre de San Pedro, los muros de la capilla de los Santos Mártires aún con restos de decoración neoclásica: *Detén tu paso caminante y lee...*

Ya en la calle *del Sol* la fachada geométrica del hospital de los Ríos¹, el umbroso compás de las clarisas de Santa Cruz con sus estrechas saeteras de celosía. Casi frontero, en un portal de vecindad, un cuadro devoto del Nazareno se adornaba con la ofrenda humilde del tazón encendido de la mariposa o la rama aterciopelada del heliotropo.

Nos daba la clase de *Historia del Arte* D. Vicente Orti y allí vimos por primera vez los mosaicos de Ravena, la mezquita de Kairuán, las ruinas de Delfos, en viejas proyecciones contemporáneas de Daguerre o Lumière; con sus colores sepia o violeta eran las únicas ventanas al mundo lejano de la belleza y la aventura.

D. Miguel Latas, canosa barba fin de siglo, ponía pacientemente ante nosotros el modelo a copiar con carboncillos y tizas sobre delgado papel de confitero: las escayolas de la hoja de yedra, el ataurique omeya, el grifo rampante.

¹ Hospital de *Santa María de los Huérfanos*, fundado en el s. XV por D. Lope Gutiérrez de los Ríos, descendiente de los Señores de Fernán-Núñez, "*para servir de acogimiento para todos los descendientes de sus padres que pudieran tener necesidad de ello por encontrarse en estado de pobreza*". En la portada, de 1580, reza la siguientes inscripción: "Ospital que fundó i dotó Don Lope Gutiérrez de los Ríos. Acabose esta obra siendo patrón Don Alonso Argote de los Ríos". Actualmente el inmueble, situado en el núm. 3 de la calle *Agustín Moreno*, acoge un centro de día para personas mayores.



RAFAEL GARCÍA GUIJO, Retrato de *Miguel Latas*, óleo / lienzo, 100 x 75 cm., Col. particular, Córdoba

Toda esa extensa liturgia ornamental se interioriza en una unión casi religiosa, empastando la pintura de Liébana en el recuerdo y el misterio de un poema de Ezra Pound. Y en ese largo viaje de su vida y su arte, ya Adriano del Valle le retratara viajero como el joven Tobías, la antigua asimilación enamorada de la ciudad surge espontánea, como un fondo de aguas profundas que un día devuelven la joya rara y perdida de una mirada; así en su cuadro *El ojo manantial*. Y está Valdés Leal en la capa pluvial de los saurios del sueño. Y Ricardo Molina en los árboles de tormenta, y la veleta, de bulto, de San Pedro en las angelerías domésticas, la piedra y el cielo de los molinos béticos, la granada de la Fuensanta, la tristeza caliente del azahar... Una voz narrando, reiterativa y fresca, mientras se aleja el carro de los antiguos días.

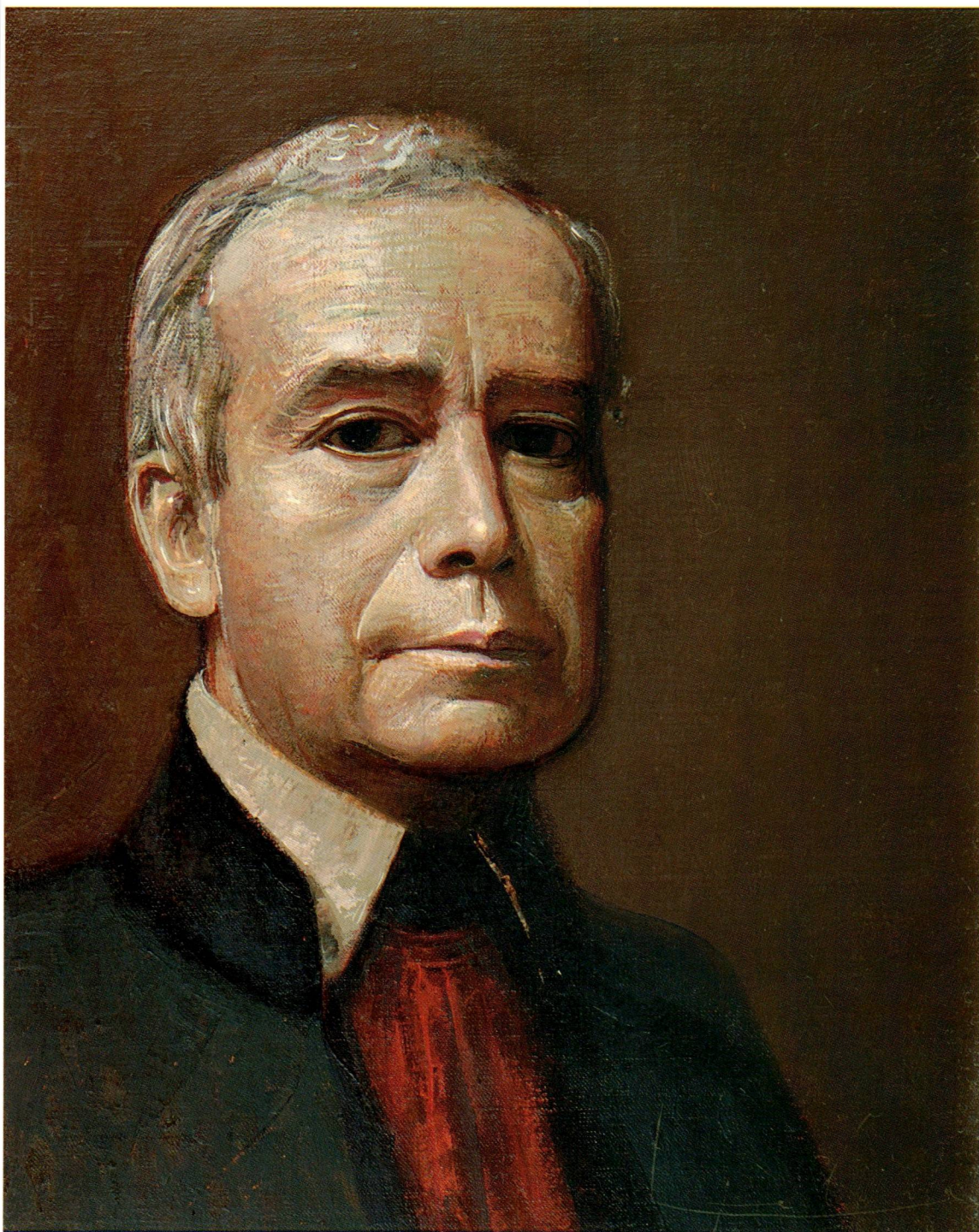


GINÉS LIÉBANA, *Retrato de su hermana Josefina* (agosto - 1984), lápices acquarelables / papel, 32 x 23 cm.

Pájaro Pablo.
 Trino no excluido en la dureza
 Tibio como el de Tarso caído del caballo
 a la esucha del porqué me persigues
 Tras la barrera de lo conformado
 pasa por el arcosolio a la cámara
 del sonar atractivo donde ~~se~~ ^{diserta}
 el credo del Bosque.
 Nada omite en la espesura donde el sentir
 Lo qisfa.
 Cronista de Panaf que cubre el
 martirio de la hija de JEFTHE.
 No se aparta de la Señora de San Jacinto
 como San Fernando de Maria de los Reyes en la
 batalla
 La piedad lo premia con el lenguaje
 de la purpura de Cordobarroca.
 En ese empleo visita el ~~en~~ municipio
 de la imaginación para abrir el arca de lagrimas
 que le otorga ganar el Brocamauto.
 La coral del carrilón sobre una marimba de
 cristal
 entra en la rueda del cortejo.
 al frente viene el antiguo machacho
 gorrilla al aire.

GINÉS. LIÉBANA

LANUBE de GORKI
CÓRDOBA 2002



GINÉS LIÉBANA, *Pablo García Baena* (Madrid, 1984), 35 x 27, 5 cm., óleo / tabla, Col. Herederos de PGB



MIGUEL del MORAL, *Pablo G. Baena* (Córdoba, h. 1944), óleo / lienzo, 38 x 28, 5 cm., Col. Herederos de PGB

A MIGUEL

Vicente Núñez

Todo lo sabía él del color y sus magisterios insondables. Todo lo que en él era línea y hallazgo ya había sido postura y adueñamiento del mundo disperso que reclamaba su forma y su sentido. Dibujó la vida amando lo caótico y efigiándolo hasta los arquetipos de la cotidianidad, que plasmaron de forma insuperable los presupuestos estéticos y mundanos de *Cántico*. Su luz era la quieta luz de

sus hallazgos, la persuasión de que sólo en lo inmediato adquiriríamos el sentido perdurable de nuestros moldes existenciales. Sacó de la calle lo magno de sus signos, elevándolos hacia una pintura sin declamaciones ni renunciaciones. Era y es un maestro de nuestras búsquedas y nuestras ausencias. Miguel del Moral constituye un mito invulnerable de la Córdoba eterna.

LÍNEA Y POESÍA EN MIGUEL DEL MORAL

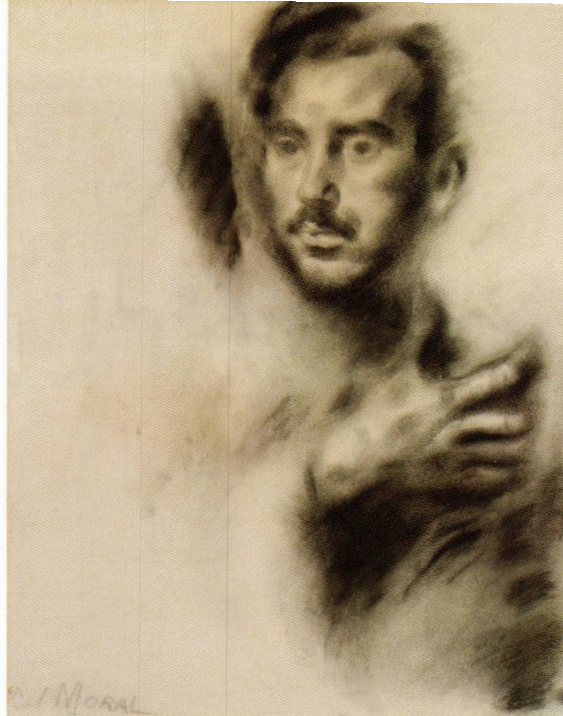
Pablo García Baena

El arte es lo infinito, lo eterno, lo celeste. Un ascuas que a veces se roba —Prometeo— y a veces otorgan los dioses pero que siempre se paga. Y el hombre para representar el arte, las artes, esa dádiva amarga y gloriosa de las alturas, no tiene a su alcance otros medios que los humanos: las formas y la piedra para la escultura, el color y la sombra para la pintura, el lenguaje y su llama para la poesía, rumores y sonidos para la música. Todo amorfo, díscolo, material, rebelde. Esto lo dice magistral y brevemente Schelling en su *Relación de las artes figurativas con la naturaleza*: “expresar lo espiritual de un modo totalmente corporal”.

Corpórea, terrestre, la pintura de Miguel del Moral abruma en su maestría. Capas calcáreas de color casi táctil, con espesor de abrazo o manchas diluídas de lágrimas, acariciadas hasta el brillo como antiguas monedas. La cabeza de *Alejandro*, venciendo los límites planos del lienzo, emerge en dimensión y perfil estatuarios con el carnal hechizo de un mármol de excavación. Y parece como si el pincel hubiera querido dejar entre los cabellos un resto de la tierra madre que lo cubriera, un rastro de rojizos barros edénicos. Pero esa bella testa no es una simple recreación arqueológica. Sobre ella flota la melancolía de un mito actual, vivo, y el “copero persa” trenza en silencio el laurel del desengaño.

Algunas veces sale Miguel del Moral de esa mágica, fulgurante, densa cueva del color. A solas con el papel y la tinta su mundo se desnuda, se hace más escueto, más grácil, con una grafía sabia e inocente de vaso arcaico. Nunca el dibujo fue viva pasión de España y cuando se hizo era más bien andamiaje para un cuadro próximo. Somos un pueblo de color. Pesaban mucho, y aún hoy, los cielos bermejos del Greco, los rosas-austrias velazqueños, el navajazo sangre y noche de Goya, el Sorolla del mar y las naranjas. Y el gris cierzo del *Guernica* nos helará para siempre el corazón.

Cuando el trazo no se petrifica en arquitecturas alámbricas y vive palpitante sin el auxilio de claroscuras ambientales nace la poesía lineal: en este



MIGUEL del MORAL, Pablo García Baena (Córdoba, 1950), lápiz graso / papel, 62 x 48 cm., Col. Herederos de PGB

horizonte amplio y desvelado dibuja Miguel sus poemas visuales para las revistas poéticas, para “Fantasía”, para “Caracola”, para “Platero”, para “Caballo griego”. Enriquece con un dramatismo justo el ritual de la angustia del *Aquí en la tierra*, de Juan Bernier, superpone el retrato de Mario López sobre el ángel custodio de Cañete de las Torres en *Garganta y Corazón del Sur*, o añade una voz más a la capilla alada de *Mientras cantan los pájaros*. Su escenografía neta de lugares gongorinos dará ocasión para un nuevo homenaje a Don Luis: *Excelso muro*. Y un ángel suyo de cegador deslumbramiento anuncia la aparición del primer número de “Cántico”. Ángel como culminación de toda realidad, como cima inalcanzable y fuera de toda perfección, tal en el verso de Rilke citado por Ricardo Molina en el mismo número de la revista: “Un ángel es siempre algo terrible”.

Esta imaginería poética de Del Moral encuentra siempre la atmósfera del sentimiento, algo que escapa a la temporalidad del dibujo, al ropaje de lo narrado, impalpable como un momentáneo rayo de sol de ocaso sobre una rama verde. La línea, que no es un soporte material ni un lujo ilustrativo, se viste o se desnuda al calor del poema: su carne es la palabra. Y la poesía, narcisa, se mira en ese espejo preciso y a la vez desvaneciente.



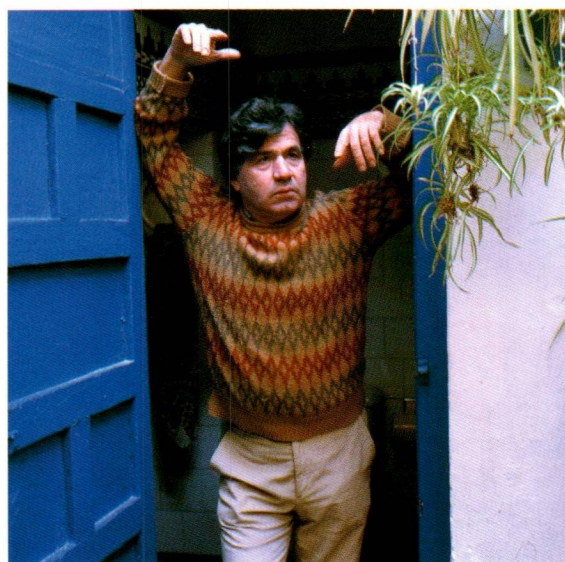
MANUEL VELA, *Pablo García Baena* (2011), terracota, 48 x 40 x 35 cm.

LA ESCULTURA DE MANUEL VELA

Pablo García Baena

Si toda obra de arte es una leyenda, como quería Flaubert, y no una simple expresión de lo real, aquí tenemos en las esculturas de Manuel Vela la más verídica de las leyendas: realidad de volúmenes, peso y aire de ropajes, músculo y gracia de los cuerpos. Corporeidad que invita al tacto, al goce de las manos en el lisor o la aspereza de la carne inmarchitable. Y es a la vez ritmo, lenguaje, sugerencias, es decir, leyenda que nos lleva hacia la simbología y hacia el mito. Y el más antiguo de los mitos, el de las fertilizaciones, encuentra en estas maternidades de Vela y en la noble materia que trabaja —el barro que da vida— su sumo hacedor y su alfarero. Porque el oficio, hábil destreza de alarias y palillos, es tan necesario como el soplo creador. Esas maternales figuraciones, desde la sagrada de la Fuensanta —ella también de barro primigenio junto al limo del río— donde la arcaizante línea gótica se ha convertido en escueto plegado de modernidad, hasta esa otra que se diría una representación de la fecunda Madre-Tierra, firmemente asentada como roca, acunando en la honda cordillera de su regazo al pequeño Adán dormido, nos informan sobre el escultor y el desarrollo de su obra, todo un proceso de plasticidad indagante que palpita más allá de la hermética apariencia. Y en este ciclo materno no podemos olvidar la figura sentada de la expectación, la gravidez de una forma comba que se inclina acariciando la sazón de un vientre, como espina doblada por el peso del grano.

La cambiante estatuaría de Vela nos trae también el recuerdo de las terracotas andaluzas del siglo XIX, los barros de Málaga y Granada, con su deliciosa materialización de tipos populares. El pormenor minucioso y romántico se resuelve aquí en una amplitud de líneas que van a las enigmáticas sacerdotisas cretenses. ¿Y no es acaso Matilde Coral esa



El escultor Manuel Vela, en su estudio-taller de la Judería cordobesa

bailaora en reposo que se sienta con su abanico, en la caliente anea de una silla? Y el ingenuismo atento de ese niño de coro, que en su escabel espera la señal justa para iniciar el rito sacro de la danza, bajo la nervada bóveda catedralicia.

Y vuelve la magia de los símbolos con las testas espléndidas de las cuatro estaciones: rosas fragantes, diminutas, como de "art nouveau", para la doncellez abatida de la primavera. Plenitud y cansancio del verano. Ambas figuras parecen completarse en el vencimiento de un sueño de junio, tras la fatiga amorosa de la siesta. Ya Freud dijo que la obra de arte encubría una sublimada sexualidad. El otoño es la serenidad, el dominio, la templanza sofocando la brasa siempre viva de la pasión. El racimo y los pámpanos se amoratan. Llegamos al invierno con el olivo de Palas, el ceniciento verde amargo de la sabiduría. Ya, para qué.

Manuel vela: un escultor en monacato con su arte, en su estudio de cal de la Judería cordobesa, o en la caliza ocre y monumental de Úbeda, junto a la encina de Machado. Todo un *leitmotiv* —cal, encina, piedra— para su obra.



DESPEDIDA

Pablo García Baena

(...) la primavera insistía en llegar entre lluvias, y en una mañana clara, como de *Anunciación*, me llegué hasta la casa del pintor Emilio Serrano, allá en *Santiago*. La casa, angular entre las calles *del Sol* y *del Viento*, viejos nombres perdidos, es aledaña a la parroquia del Apóstol y tiene un patio abierto, con un muro bajo que deja ver la principal fachada de la iglesia y la belleza geométrica de su calado rosetón. Casa andaluza, la cal tiene la blancura del mármol, el agua suena y suena fresca, los jazmines azules derraman el olor de la luna en la noche, pero no es una recreación historicista o costumbrista. Emilio y Arturo Ramírez dieron linealidad clásica a huecos y paredes, rescataron arcos, galerías, y la columna, el emblema de Córdoba, volvió a lucir airosa y desnuda, la vegetación extendió su verde pavimento de césped o subió sus rosas, en escala de mosqueta, y el pozo fijó su líquida pupila insomne en el alto cielo.

La nostalgia adánica del paraíso hizo posible este huerto cerrado de los *Cantares*, que la parra virgen y los granados ratifican, generando una atmósfera de sosiego, el espacio necesario para la creación, el universo clauso donde nace el prodigio de la obra de arte (...)

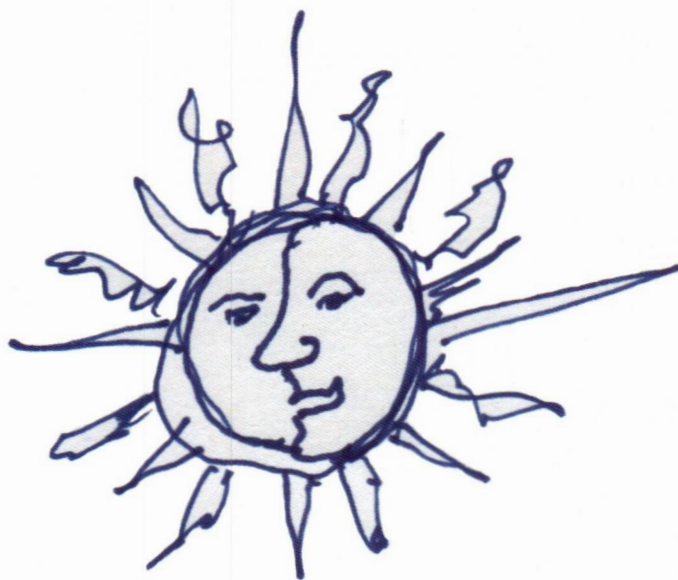
Subí en aquella mañana la escalera del estudio, y allí estaba el cuadro previsto, como un rompimiento de gloria que agrandara la estancia, ventanal a un horizonte conocido y hermoso: pretil y barandales del río, cúpulas, torre, y tejados catedralicios, tapias de algún molino ruinoso, y esos misteriosos, elevados mástiles, astas para las banderas del ensueño que dan verticalidad, ansia de altura a tantos cuadros en el paisaje predilecto de Emilio (...)

El apartamiento de la niñez y su hechizo quedan patentes en esa mesa lateral tan prodigada y varia en los cuadros de Emilio y donde, bajo una luz cruda de realidad, las viejas alegorías de la infancia se ven

con el deterioro del recuerdo: muñeca, caballito, frutero, loza rota y unas lilas envejecen en el florero del abandono. La luz no es dorada de melancolía sino hiriente de tristeza: las niñas, y tal vez el pintor, se despiden aquí de sus juguetes.

Pinta Emilio con veraz realismo todo el complejo mundo de tan enigmático cuadro —las naranjas altas y apenas esbozadas pueden ser el fruto prohibido—, pero su pintura va más allá de la técnica y de lo corpóreo, y el pintor sabe que hay una realidad anímica que vive y late en objetos, paisajes, interiores... Recuerdo ahora uno de sus más recientes bodegones, con una sola rosa en vaso de cristal, y un halo tenue, casi inapreciable y vago, rodea los rojos pétalos: es el retrato, la materialización del olor.

Todo el cuadro se conforma como una mirada cargada de lirismo, una visión objetiva y a la vez personalísima que traspasa la precisión del dibujo, la maestría natural del colorido. Niñas, paisaje, seres inanimados, nos llevan a un tiempo inasequible o mejor a un *sin tiempo*. No sé si las niñas se despiden; sí es el último adiós de Emilio.





MARIO LÓPEZ, *Paisaje urbano de Bujalance. Torre de San Francisco* (h. 1990), óleo / táblex, 66 x 50 cm., Col. Herederos de ML



Diputación
de Córdoba



REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CONOCIMIENTO,
INVESTIGACIÓN Y UNIVERSIDAD



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

ESCUELA DE ARTE «MATEO INURRIA»



SALA «MATEO INURRIA»
ENERO-FEBRERO
2019

